

mina á todo el que viene á este mundo; nadie es fuerte sino con el poder que garantiza la vida moral contra las vicisitudes de la vida física; nadie es rico, sino cuando cuenta en materia de doctrinas con toda esa provision competente que distribuyen solo las altas y sapientísimas economías de la filosofía católica.

DEL

PENSAMIENTO

Y SU

ENUNCIACION

CONSIDERADOS EN SÍ MISMOS, EN SUS RELACIONES
Y EN SUS LEYES.

PARTE PRIMERA.

DEL PENSAMIENTO Y SU ENUNCIACION, CONSIDERADOS COMO SIMPLES
HECHOS.

ESTO ES,

en su origen, formacion, carácter y extension general.



OBSERVACIONES GENERALES.

Hai en el hombre dos principios que le constituyen, es decir, un cuerpo organizado y una alma racional. Estos dos principios se hallan tan íntimamente relacionados entre sí, que todo el mundo sabe por experiencia propia cuán grande es el influjo que respectivamente ejercen el uno en el otro. El cuerpo nos asemeja á todos los animales, porque tiene los mismos órganos, las mismas propiedades, las mismas necesidades: es un cuerpo que vive, que se mueve por sí mismo, y que, débil en su principio, crece con el tiempo, se nutre con el alimento, se va desarrollando hasta cierto punto en que parece haber tocado el último grado de robustez, de vigor y de fuerza, desde donde empieza insensiblemente á decaer, hasta llegar á la senectud que le conduce por último á la muerte. Tal es el aspecto general que nos presenta con relación á su cuerpo.

Pero el autor de la naturaleza le ha concedido una prerogativa superior, que no solamente le distingue del bruto, sino que le exalta sobre los otros seres que pueblan la superficie de la tierra. Esta prerogativa sublime es la razón, esencial y exclusivo atributo del alma. Tal es el carácter de

grandeza que el alma comunica al hombre, que parece traslucirse hasta en los movimientos de su cuerpo y en todas las funciones de la vida animal. Su estatura recta y elevada, su continente magestuoso, su frente erguida, su mirada noble, sus pasos mesurados, todo anuncia el secreto principio que anima su ser. Su alma preside á sus movimientos, determina su porte, conduce sus pasos, forma su vestidura, sazona su alimento, metodiza y arregla todas sus funciones animales. Por esta noble parte de sí mismo, el hombre piensa, se forma ideas exactas de los objetos que le rodean, las compara entre sí, saca de principios conocidos verdades desconocidas, se eleva gradualmente hasta las regiones mas inaccesibles, hace entrar el universo todo en el círculo de su pensamiento, recorre de un vuelo los horizontes dilatados y las bóvedas celestes; ó tal vez, desdefiando lo exterior y visible, se recoge profundamente, se reconcentra en sí mismo para comprender los arcanos de su inteligencia, examina lo pasado, recorre lo presente, se engolfa en el porvenir: repasa en su interior la inmensa muchedumbre de objetos que forman su riqueza intelectual, los junta ó separa á su placer, determina los individuos ó forma las clases, penetra en el secreto de su constitucion, sigue con fidelidad el curso de sus relaciones, recorre toda la escala de los seres, y no se detiene sino cuando habiendo llegado á la primera de las causas, reconoce á Dios y se pierde en su inmensidad. Por otra parte, no es el hombre un agente mecánico, sujeto á un sistema constante de operaciones uniformes é invariables; puede obrar ó no obrar, suspender sus acciones y sus movimientos, dirigirlos y arreglarlos todos de la manera mas conforme á sus deseos. Tal es la idea general que podemos formarnos del hombre, considerado con relacion á su alma.

Todas estas operaciones, de que no ha sido ni será capaz nunca la especie animal, y que no pueden bajo ningun aspecto ser el producto de la materia, nos hacen reconocer en el hombre dos principios absolutamente diversos, la animalidad, que le nivela con el bruto, y la racionalidad, que le eleva hasta Dios. Por este motivo definen los filósofos al hombre: *un animal racional*.¹

¹ Se han tenido á la vista, para escribir estas líneas, á BURLAMAQUI en su obra grande titulada: *Principes du droit de la nature et des gens, et du droit public general*; á FRITOT, *Science du publiciste*, á BUFFON en su historia natural del hombre, y á JOVELLANOS en su discurso titulado: *Meditaciones sobre los seres criados y sus relaciones con Dios y el hombre, considerados en el órden de la naturaleza*.

Esta definicion, probada en el crisol de los siglos, cuenta ya en su favor con esa especie de firmeza que la da el concurso de todos los filósofos antiguos y modernos. Verdad es, que no han faltado en estos últimos tiempos algunos que pretendan sustituirla ventajosamente con otra, y por esto Bonald define al hombre *una inteligencia servida por órganos*. La simple enunciacion de esta frase presenta las dificultades que podrian pulsarse para su admision; y por lo mismo, consecuentes á nuestra idea de preferir sobre todo las nociones generalmente recibidas, cuando por otra parte sean exactas, prescindimos de buena gana de cualquiera sustitucion que no servira, digámoslo así, sino para arrojar las tinieblas desde el principio de nuestra obra.

Pues que el hombre es un animal racional, reúne tres caracteres en su naturaleza, el carácter físico que le da su cuerpo; el carácter intelectual y moral que le da la razon. Bajo estos tres puntos de vista, el hombre viene á ser objeto de mui varios estudios. Le estudia el artista para reproducir su imagen; le estudia el naturalista, representándole al frente de los seres visibles que descubre y clasifica en el universo; le estudia el médico, para conocer la economia de su cuerpo, comprender sus diferentes estados, preservarle de los accidentes que alteran su estado fisiológico, devolverle la salud que ha perdido, y cuando ménos prolongar su existencia y aliviar sus dolores; le estudia el metafísico, para sorprender su pensamiento, analizar su alma, descubrir su fin; le estudia el moralista, para conocer su carácter, apreciar sus acciones, valuar su mérito y predecir su destino; le estudia el hombre de estado, para conocer la sociedad, fundar la legislacion, sistemar las costumbres y abrir á los pueblos una carrera de prosperidad y grandeza; le estudia el orador para cargar sobre su corazon, digámoslo así, la palanca inmensa de la palabra con en el fin de hacerle entrar en el círculo de sus designios; estúdiale tambien el poeta para regular su sensibilidad, encantar su imaginacion, docilitar su talento, suavizar su carácter, ennoblecir sus ideas, y ganarle para la virtud por los dulces éxtasis de la belleza, y por los trasportes inmensos de la sublimidad. Nosotros le estudiamos á nuestro turno, mas bajo la única relacion de su pensamiento y su enunciacion, lo que basta para señalar desde aquí los linderos que el objeto de nuestra investigacion ha señalado á nuestra pluma.

Mas no porque estudiamos al hombre bajo la relacion de su pensamiento, hemos de prescindir en lo absoluto de su parte física; porque hai en ella cinco diversos órganos que

animados por el espíritu, le colocan en el centro de todas las relaciones externas y materiales. Mas reduciéndonos exclusivamente á los sentidos, dejáremos al naturalista y al médico el resto de la parte física, para encerrarnos dentro de los límites del pensamiento.

Entre todas las materias que están sujetas al raciocinio, apenas hai alguna sobre que mas se haya disputado, que la naturaleza y las facultades del alma. Ya desde los primeros tiempos de la filosofía griega descubrimos á Sócrates, que de en medio de la confusión á que la tenía reducida el espíritu de disputa, se levanta reclamando los fueros de la razón, trazando un camino mas franco, y oponiendo la modesta sencillez de sus preguntas al orgulloso aparato que habian dado al sistema de la investigación los filósofos con quienes vivía. Platon su discípulo, y Aristóteles discípulo de Platon, trajeron su caudal de aquel depósito; pero esto no impidió que se dividiesen sus opiniones acerca de las cuestiones mas importantes de la ciencia, y que fuesen vistos de la posteridad, como los principales gefes de todos los mas notables sistemas en materia de metafísica. Dominó el segundo por espacio de muchos siglos el universo científico; y es mui digno de notarse que cuando el insigne Bacon proclamó en Inglaterra la libertad del pensamiento, resucitó, digámoslo así, las teorías aristotélicas, que despues redujo á sistema el gran Locke, para ser fundador de una escuela moderna que han sostenido desde entónces con mas ó ménos modificaciones los filósofos de Puerto-Real, Condillac, Bonnet, Cabanis, Tracy, y otros en fin que sería mui largo enumerar. Tambien Descartes en Francia al sustituir con su famoso método la investigación al espíritu de autoridad en materias filosóficas, dió una vida nueva á las teorías de Platon, abriendo las puertas de una escuela que con ligeras modificaciones ilustraron muchos genios insig- nes, entre los cuales merecen una mención particular Malebranche, Bossnet, Fenelon; y en los últimos tiempos Fray- sinous, Bonald, Barante &c. &c.

No han faltado tampoco muchos que hallan tomado rumbos diferentes y poco seguidos; sino es que abandonando las huellas de un ciego discípulo, hallan buscado en el *eclectismo* el depósito de las verdades y los mas importantes elementos del sistema de investigación.¹

¹ Separar lo que hai de bueno en cada uno de los sistemas para componer con todo una filosofía superior á todos los sistemas, que á todos los gobierne dominándolos á todos; que no sea esta ó aquella filosofía, sino

A pesar del crecido número de sistemas que nos presenta la historia de la filosofía, podemos nosotros caminar con entera seguridad, buscando solo aquellos hechos incontestables y universalmente reconocidos, cuya existencia sola basta para fundar sólidamente el sistema de la legislación. Nada nos importa que se dividan los filósofos en la explicación de las causas, pues el conocimiento perfecto de ellas no es un dato indispensable para conocer la naturaleza del hombre. Dios, que ha proporcionado la lei á esta naturaleza misma, no ha querido aventurar su conocimiento, que debe ser universal, á los resultados inciertos de las investigaciones humanas. Necesitamos, es verdad, para descubrir los principios de las leyes, analizar la economía del hombre; pero este análisis, reducido á lo indispensable, es tan fácil de hacerse, como fijos y constantes son los resultados que produce. ¿Quién ha comprendido nunca ni comprenderá tampoco el sistema completo de todas las relaciones que existen en el conjunto de los seres? El mas pequeño de ellos, sin faltar á su destino, burla las tentativas de los mas profundos filósofos. Pero al mismo tiempo, ¿quién no conoce el lugar que ocupa en la escala de los seres, y sus relaciones esenciales para la posesion de la felicidad? ¿quién no se apercibe de su propio pensamiento, de la naturaleza y el destino de su alma, de la existencia de un ser infinito, á cuyo poder soberano se halla subordinado todo? ¿quién no distingue el bien del mal, y no presiente su futura existencia? He aquí lo que todo el mundo sabe, y lo único que se necesita para que el hombre conozca lo que es y lo que debe ser; es decir, su naturaleza, su fin y la marcha de su conducta.

Abandonamos pues con gusto las curiosas cuestiones que ha engendrado entre los hombres el empeño de penetrar mas allá de lo permitido. No queremos saber de qué manera obra el cuerpo en el alma, y el alma en el cuerpo, ni lo que hubiera sido el hombre sin el primer pecado, ni lo que será el sistema intelectual despues de la vida, ni que conocimientos adquiriría el hombre con un sentido

la filosofía misma en su esencia y en su unidad; tal es, segun Cousin, el espíritu del *eclectismo*. Esto podria parecer plausible á primera vista; pero entrando á su fondo, y principalmente observando su desarrollo en la historia de la filosofía, tiene un flanco en que naturalmente debia ser combatido, tiene por elemento exclusivo la razón, y por basa de principios la independencia de la razón. En este caso el *eclectismo* debia tarde ó temprano pugnar con la filosofía católica, cuyo gran principio es la concordia entre la inteligencia y la fe.

mas, ni cuáles dejaría de tener con un sentido ménos. Tampoco es nuestro ánimo tomar una parte activa en las querellas literarias sobre el origen de las ideas, ni aprovechar las útiles investigaciones que se han hecho sobre la organizacion del cerebro á fin de establecer invariablemente el sitio que ocupan nuestras potencias intelectuales, nuestras inclinaciones diversas, y hasta nuestros mismos instintos físicos y morales. El exámen de estos pormenores nos empeñaría sin duda en el laberinto de las conjeturas; y perdiendo de vista entre tanto los hechos y sus causas mas conocidas, el universal consentimiento acerca de lo que es, y la conciencia tambien universal acerca de lo que debe ser el hombre, se divertiría mucho la imaginacion, se formaría tal vez un bello sistema; mas no se conseguiría con esto sino dar á la sociedad un carácter que no ha tenido nunca ni puede nunca tener.

En estas materias hai una tentacion mui fuerte á que es indispensable resistir, un escollo en que hemos visto estrellarse á muchos escritores, y es el empeño indiscreto de llamar la atencion con la novedad de un sistema. Léjos de nosotros esta idea: aspiramos únicamente á la utilidad, y por lo mismo, no dirémos cosa que no esté generalmente admitida. Tampoco sería posible inventar en una materia en que casi todo está dicho; y por tanto, el principal trabajo del que escribe debe reducirse á la buena eleccion de doctrina y á la metódica exposicion de la materia.

Por otra parte, hai un fenómeno que no podemos dejar pasar desaperecido cuando su exámen precisamente no ha sido lo que ha contribuido ménos á decidírnos por esta publicacion. Examinense los libros que han producido de setenta años á esta parte las diversas escuelas filosóficas: obsérvese cómo á medida que se multiplican las teorías y los sistemas, parecen apiñarse mas y mas las nubes de la duda sobre las ciencias metafísicas. Se diría que la filosofía retrocede, si el espíritu de moda, siempre ávido de novedades no estuviere alerta para tributar sus aplausos á cada escuela nueva y á cada filósofo que aparece. Sin embargo, el pensamiento y sus facultades productoras son contemporáneas del hombre, y constituyen un objeto harto familiar para toda la especie humana: los idiomas que son, digámoslo así, como el resúmen que nos dejan los siglos de sus pensamientos, han entrado siempre en la categoria de los hábitos y no es nuevo en el mundo el espíritu de investigacion. Las teorías del pensamiento y de las lenguas, atendidas su naturaleza y objeto, deben entrar y entran de-

facto en el número de los conocimientos mas indispensables para el hombre. ¿Porqué pues tanta oscuridad, tanto desacuerdo, y sobre todo, tanta inaccesibilidad, por decirlo así, á la razon comun en las escuelas filosóficas? Yo me atrevo á sospecharlo: porque cada filósofo comienza por independerse de los conocimientos tradicionales, de las nociones comunes, de las altas lecciones que encierran los pensamientos que todos tienen, y la lengua que todos hablan. Caminando en pos de una exactitud matemática en la clasificacion de las ideas, cambian la nomenclatura, clasifican á su placer las facultades y las operaciones del entendimiento y de la voluntad; y salvas algunas diferencias de pormenor, no se les puede admitir de sus doctrinas como incontestable, sino lo que tiene el sello de la sancion comun. Esta experiencia nos ha hecho consultar preferentemente á ese libro siempre abierto, á la sociedad, al amplio reservatorio de la lengua que todos hablan, persuadidos que será mas útil reunir y sistemar lo existente y conocido, que forzar la juventud á la carrera de las conjeturas filosóficas, mas fácil y obvio circular las ideas en un idioma recibido, que obligar á los lectores á la aceptacion de un idioma nuevo.

No es posible que la Providencia haya dejado al monopolio de algunos, lo que á todos interesa, ni tampoco permitido que, al cabo de seis mil años, el género humano ignore lo que para conducirse debe saber acerca de las facultades mentales, del pensamiento y su enunciacion. Baste lo expuesto para que ninguno extrañe que prescindamos nosotros de la nimia exactitud y hasta del tecnicismo de nuestros ideologistas.

Ciféndonos pues en esta primera parte á considerar el pensamiento y su enunciacion bajo el punto de vista de los hechos, la distribuiremos en tres secciones que tratarán:

LA PRIMERA, de nuestras facultades mentales consideradas en su origen, carácter y desenvolvimiento gradual:

LA SEGUNDA, de nuestro pensamiento considerado como efecto de nuestras facultades internas en su formacion, en sus progresos y en sus diversas ramificaciones:

LA TERCERA, de la enunciacion del pensamiento y sus varias clases en general, y particularmente del origen, formacion, carácter y ramificaciones diversas de la palabra.